

CAPITULO III

Infancia:

Una Socialización para el
Sufrimiento

ANTERIORMENTE NO LE ENSEÑABAN A UNO AFECTO

Relato 1

Mi mamá ya tenía dos varones, esperaban la primera mujer y de buenas, nació yo, en la casa de campo, con la partera, a las cuatro de la tarde, caía un aguacero tremendo. Ellos pensaban que si nacía un varón iban a tener un obrero más y si era una niña una cocinera. Acostumbraban a bautizarlo muy pequeñito, había un sitio allá que llamaban cascada y entonces los compadres iban a celebrar troches, ellos se emborrachaban, tomaban masato y galletas, y el chinito yo creo que nada, porque era muy chiquito.

Mis padres cambiaban conmigo bastante cuando nacían mis hermanos; como yo era la única mujer sentía que me querían más, pero cuando nació mi hermana me echaron a un lado, me cargaron el trabajo de la casa. Cuando iban naciendo los otros, iba quedando uno como el más grandecito y lo ponían a proteger al pequeñito.

En ese tiempo, sagradamente, hasta dónde llegaba el respeto, que mi padre y mi madre no se acostaban juntos: mi padre se acostaba con uno de mis hermanos y yo me acostaba con mi mamá. Como a mis hermanos les gustaba la agricultura, jugaban a arreglar matas y nosotras las niñas jugábamos con tusas, con un perro chiquito; las pepas eran el mercado y nuestros platicos un tarrito, porque no nos compraban juguetes. A mí mamá no le gustaba que jugáramos porque teníamos que trabajar, que hacer oficio, pero apenas se iba a llevar las costuras, nosotras rápido poníamos las ollas y jugábamos a las escondidas o a otras cosas. Esta es la hora que mi mamá no sabe que jugábamos. También mis hermanos jugaban a eso de yo lo mato y usted se muere, nos tirábamos de barriga y estábamos muertos.

La hora de levantarnos era a las tres y el desayuno debía estar a las cinco; los obreros iban y traían la leña. Ya desayunaban y teníamos que ir con ellos a hacerles el almuerzo en un potrero. A las nueve se les servía el almuerzo, y a las doce se les dejaba otro puntal listo, ya fuera para que se sirvieran arepas, o yuca con aguapanela.

Mi papá nos decía: estos chinos hijueputas, mal paridos e hijuepelones, vagabundos que no más comen. La relación afectiva era muy poca, pues anteriormente no le enseñaban a uno afecto, sino eran órdenes y juete. Teníamos que trabajar y hacer oficio

como una orden; nunca teníamos derecho a que la mamá se sentara a consentirnos, a decirnos palabras, como ahora que el afecto reina en todos los hogares. Antes uno crecía sin amor, sin amor absoluto. Que yo me acuerde desde la edad de 7 años o antes, nosotros teníamos que cargar agua en las costillas, sin un tinto; se nos clavaban espinas de esas que llamaban espinas de cabra. Nos tocaba andar en punta de dedos para poder caminar. Pero ojalá uno llegara a sentarse y lo acababan a juguete. Mi padre nos enseñó a trabajar muy bruscamente; yo fui una mujer que también echó el azadón, que amarré y cargué leña como cualquier varón.

Los domingos mi papá se iba a tomar a las tiendas. Si mi mamá no le daba mas plata la cogía y la arrastraba, le daba también con unas pencas de fique como si fuera una niña y nosotros salíamos corriendo. Le echábamos agua a mi papá y él se iba a pegarnos pero nosotros nos aventábamos por unos pastales. El no nos podía pegar porque no nos dejábamos y entonces mi mamá se volaba también. Mi mamá nos pegaba pero solo cuando éramos fregados. Cuando le sacábamos la paciencia a mi papá, cortaba con la peinilla un cogoyo de café o una vena de palmicha y nos daba con eso. También voliaba machete. En esa época le daban muy duro a los hijos; me acuerdo que a los de la finca de al lado los colgaban de una viga y

les daban juete; cuando era mucho el castigo, prendían llamas en la mitad del patio, los colgaban y cuando ya estaban para ahorcarse los bajaban de allá.

Uno de muchacho entre hermanos se agarraba por cualquier cosa. Empezaban: ahí mire un pajarito y uno tan bobo que cuando volteábamos a mirar ya no estaba la carne en el plato, entonces uno le echaba la culpa al de más cerquita; por eso eran las peleas. Recuerdo una vez que mi hermano grande casi le da un hachazo en la cabeza al chiquito y nosotros le gritábamos que no hiciera eso, que a mi hermanito no lo fuéramos a matar.

Tenía 6 años cuando la violencia entre liberales y conservadores. Me acuerdo una vez que en la casa estábamos acostadas y mi mamá dijo que nos teníamos que levantar porque venía la chusma, me hice la perezosa y me quedé arrimada contra la pared. Me enfocaron con la linterna y si hubieran sido los chulavitas me hubieran matado, pero era el ejército. Tocaron las camas que estaban calientes, me dijeron que yo tan pequeña, tan arriesgada. Contesté no me da miedo. Dijeron eso se va a componer. Los saqué al camino real, me dieron cincuenta centavos y me fui donde el abuelito y me dijo: que china tan guapa. Esa guerra duró hartísimo; nos quemaron todos los ranchos; lástima esa tierra tan buena que era. Mi mamá tenía muchos animales, gallinas que se enmontaban y le tocaba a uno treparse a buscarlas

con temor de los chulavitas. Perdimos todo: huerta, animales, tabacalera, sabíamos que no se podía recuperar porque se llenaba de conservadores. Nos bajamos a la hoya del río, pero se fue dañando porque los chulavitas fueron avanzando. Ahí si había mujeres muy políticas, cogían la bandera roja de la patria y hacían de guía. Todos nos íbamos pa'l monte, debajo de las matas de café. Hubo mucha gente muerta en el pueblo. Entraban, y como los salones eran de guadua, echaban candela y esperaban que por el humo salieran los campesinos para matarlos. En una ocasión cuando venían los muchachos sacaban las peinillas y yo vi morir a dos, les tumbaban la cabeza, daban tres brincos y caían, los cortaban vivos. Fue una época terrible, las señoras embarazadas tenían los niños por el monte y lloraban de hambre. Una vez hubo un enfrentamiento entre los chulavitas y los liberales. Mataron muchos chulavitas. Vimos unos muertos en un horno, me acuerdo que tenían la dentadura toda de oro, muy buenas alhajas, eran muchachos simpáticos, de buena crianza, pero malos de corazón. Cuando todo quedó sólido había hediondez, malos olores de tantos muertos.

Una costumbre sabrosa era que mientras nos poníamos a escapotear el café, con velas y lámparas de petróleo, mi abuelo y los trabajadores nos contaban historias de la margarita y del hombre enamorado; también nos contaban que había un niño bautizado,

muy grosero con la mamá y que el duende se lo cargó. Decían también que el diablo era un niño muy grosero, una vez que lo mandaron por agua apareció un señor muy elegante y le dijo: buen muchacho que hace ahí? El le contestó: estoy llevando agua. El diablo le dijo que si quería irse con él, y se lo llevó por el aire a un sitio muy bonito, le dijo que no tocara nada pero como tocó las cosas se le quemaron los dedos. El niño encontró carne para poder asar y cada vez que la cortaba preguntaba que por qué la carne se quejaba, entonces el diablo le dijo que lo que pasaba era que la carne era de almas. Al mismo tiempo, vió unas señoras lavando y el diablo gritó “Arre partida de mulas” y todas las señoras salieron corriendo; después el niño se pudo volver a su casa y le contó a la mamá.

Mí mamá decía que cuando cumplía uno los 7 años tenía uso de razón, ya no podía comer carne el día de vigilia porque eso era pecado, tenía que ir a misa, nos volvíamos personas porque uno era niño hasta los 7 años; me dió tanta tristeza... lloré muchísimo. Cogí un rosario y me puse a rezar porque pertenecía al diablo.

Yo me acuerdo que tendría como 8 años cuando le preguntaba a mí mamá dónde nacían los bebés y ella me decía: usted como molesta, los niños los trae la señora Jesús; era una viejita que siempre atendía los partos. Yo veía que mi mami se engordaba, pero

nunca le vi que cosiera o alistara ropa, cuando iba a arreglar sus cositas, nos mandaba a jugar mientras ella cosía. Entonces como no se le podía preguntar le buscaba en los cajones y le encontraba ropa de bebé. De ahí nació una pregunta mía, a ver si ella me contaba qué era lo que tenía en el vientre. Una vez que la señora Jesús llegaba con un pañoloncito terciado, le vi por debajo unas paticas chiquitas y dije: es verdad que los niños los trae la señora Jesús.

La única fiesta que yo reconozco fue cuando la primera comunión; me compraron un vestido lindísimo, me hicieron una fiesta hermosa, se mataron hartas gallinas y llevaron un equipo desde Bogotá; los grandes tomaban y a los niños nos compraban dulces.

El primer día de escuela fue mi tía a llevarme. Siempre se siente uno tan solo, sin amistades, temiendo hacer errores y que la profesora lo regañe. Andaba estudiando en el pueblo porque en el campo no había escuela. Yo era tan rústica: no se me quedaba nada, eran páginas enteras de memoria. La maestra castigaba cruelmente a los del campo, les decía: traigan un palo de rosa y uno se preguntaba será para mí? Nos pasaban al tablero y por no saber dividir nos pegaban por las piernas. Eso sí, me fascinaba recitar. A pesar de lo rústica, yo quería seguir estudiando, pero por estar corriendo de un lado a otro con la violencia, tuve que dejar la escuela. Mi papá no quiso

que yo siguiera estudiando porque tenía también que ayudarlo a mi mamá a cuidar a los hermanitos. Si hubiera estudiado tendría mejores oportunidades en la vida y no sería tan pobre.

Después mi papá cayó muy mal de plata, quedó en la ruina, le tocó alquilarse a trabajar. En una pasada por Bogotá me pareció rico quedarme: tantos carros, olía tan rico, el cambio de comida, me pareció sabroso. Mi prima dijo que le dejaran la china que porque si la llevaban al campo, no iba a hacer nada sino andar sucia o mugrienta. Mi Papá me preguntó si me quería quedar, y yo ilusionada porque había radio, me quedé. Mi prima había hecho el negocio de que me pagaba \$10 pesos mensuales y vería como me educaba. Ella tenía un bebito. Como tenía el rol de gente rica, quería ser igual a la patrona y me convirtió en su muchacha. Cuando no hacía las cosas me pegaba, me castigaba; como yo nunca estaba acostumbrada a llevar zapatos, los rompía y me dejaba descalza. Me daba muchísima hambre y tenía que buscar cómo comer. Iba a la lechería y ayudaba a despachar filototas de gente, entonces me regalaban 10 o 20 pesos y no me cobraban la leche que traía. Cuando mi prima descubrió eso fue salvaje: me dio unas trillas, me pegaba con el cable, me levantaba a las cuatro de la mañana y me echaba baldados de agua de la alberca helada. De estudio nada. Me tocaba

lavar esos malditos pañales que detesto a morir. Como yo andaba descalza me daba mucho frío y me orinaba en la cama; ella me dio un pedacito de colchón, pero de orinarme se pudrió, me lo mandaba sacar a un pastal y me daba pena. Yo lo boté un día y me tocaba dormir en periódicos y con un pedazo de tapete me tapaba. Duré como 10 meses cogí \$15 pesos y me fui. Regresé nuevamente a casa y como hacía días no me veían al principio me dijeron: “ay mijita que linda” pero al segundo día “ay mijita a hacer lo mismo y a trabajar.”

Sobre la menstruación a mi me daba mucha pena; me llegó ese mal y mi mamá nunca me había dicho nada. Ella es muy culta. Amanecí sangrando al otro día que hablé con un muchacho que me propuso matrimonio y pensé que cuando uno hablaba con los muchachos y le proponían matrimonio uno sangraba. Me ponía trapos y después corra y entiérrelos en el monte. Cuando mi hermana se desarrolló y se sintió sangrante, se metió al río y como lo pasaba allá metida se le fue. Empezó, gorda, gorda y mí mamá le preguntó de quien era lo que estaba esperando; ella lloraba y decía que no era de nadie; por fin una vecina le dijo: “es la regla detenida”; le dieron el remedio y le llegó otra vez. Desde eso mi hermana le carga bronca a mí mamá. Cuando

teníamos una pregunta la hacíamos con las amigas, preguntábamos por qué será que nos duele aquí? Por qué a veces los senos duelen? Cuando me puse el primer brassiere todos se burlaban: que vean los limones que están creciendo.....

EN MI INFANCIA NO PASO NADA

Relato 2

De mi infancia es muy poquito lo que yo le puedo decir, lo poco que me he dado cuenta y lo que ahora le cuentan a uno.

Me acuerdo de la relación de mi padres por los golpes: ellos siempre me golpeaban, si no hacía el oficio, si me demoraba. Toda la vida de golpes: para mí, para mis hermanos, para mi mamá. Me pegaban con manguera, con madera, con juguete, con el cable de la plancha.

Mi papá era muy violento, se quitaba la correa y le daba a uno: si uno se metía debajo de la cama, la tumbaba y mejor dicho, no descansaba hasta que nos encontraba y casi nos partía a rejo. Mi mamá en cambio era toda sumisa, aunque también nos pegaba, tal vez por el miedo a que hiciéramos algo que no le gustara a mi papá. Ella no era agresiva: nos cuenta que escuchaba a mi papá por lo menos a una cuadra

y ya le tenía servida su comida; recuerdo que en un tiempo mi mamá tuvo un cambio terrible, nos pegaba por todo y creo que eso vino siendo por la separación.

Mi papá así como era de malo, en el sentido que le pegaba a mi mamá y que era tan grosero, fue amigo mío, incluso después de viejo. Eso fue porque tuvo una infancia terrible. Yo como su hija mayor sé mucho de su vida. Tuvo un trajín terrible como hijo y pasó por una vida muy amargada. Mi mamá es huérfana de papá y de mamá; las hermanas llegaron a Bogotá trabajando de empleadas de servicio. Se casó de pura amargada, de aburrida. Todo esto tiene que ver con la vida que uno sufrió.

Las condiciones en que vivíamos eran muy malas: mi papá trabajaba independiente, vendía arepas o cocinol, a veces chararreaba o jornaleaba en la construcción, era plomero o ayudante de obras. Mi mamá trabajaba en casas de familia, lavaba ropa o hacía almuerzos para vender. Recuerdo una época en que tuvo una venta de fritanga, arepas y empanadas y otra en que trabajó en restaurantes.

Vivíamos en un ranchito de guadua, propio. El lote no era propio, lo estábamos pagando. Lo que más recuerdo es el encierro en que quedábamos cuando mi mamá y mi papá salían, pues nos dejaban

en esa pieza pequeña y oscura. Claro que a veces salíamos a la calle a jugar con otros niños, pero eso era a escondidas.

En el barrio sufríamos hasta por el agua; yo era la que le lavaba la ropa a todos y me tocaba irme hasta la quebrada a lavar. En ese tiempo no había ningún servicio público, ni agua, ni luz, ni alcantarillado, las calles sin pavimentar, todo eran piedras.

Mis padres se separaron cuando yo tenía cerca de siete años; no estaban casados; resulta que se fueron a vivir juntos, creo que con un convenio y de ahí emanaba el problema. Mi mamá tenía una amiga viejita que le ayudaba mucho, cuando se enfermó y sintió que se iba a morir le confesó que mi papá era casado con otra señora. La relación entre ellos se volvió hosca, inaguantable, se pegaban, se decían groserías. Un tiempo después cada uno cogió por su lado pero realmente no pensaron en nosotros. Cuando uno está pequeño no siente la separación de los padres, pero a medida que va pasando el tiempo, lo va sintiendo más, porque ya ve cómo es la vida y empieza a sufrir por la falta del papá y de la mamá. Cuando mis padres se separaron, mi mamá cogió los más pequeños y mi papá los más grandes, eso fue como una repartición de objetos. Después, aunque estuvimos

más tiempo con mi mamá y por los problemas con el nuevo esposo de ella, por épocas vivíamos con mi papá.

En mi infancia no pasó nada importante, lo que más recuerdo fue el incendio: Ese día mi papá se fue a trabajar como albañil y mi mamá tenía que ir al siete de agosto. Yo me fui con ella y dejamos todo encerrado, incluso a los niños. Cuando llegamos al 7 de agosto, ya estaba la noticia del incendio. Uno de los niños se puso a jugar con un fósforo y como había gasolina, se prendió el incendio. Me da pánico dejar a los niños encerrados, porque si hubiera estado abierto se habrían podido salir. El pequeñito tenía un año y mi mamá lo había dejado envuelto en las cobijas y una ruana; cuando llegamos él estaba en el hospital, nos dijeron que dos se habían salvado y la niña estaba muerta; es que Dios es tan grande. La niña era como un muñeco de carne negra, eso lo tengo bien grabado. Al grande no lo dejaron ver, pero estaba totalmente desfigurado y murió a los nueve días. El menor duró un mes en el hospital y se salvó.

Mi papá abandonó definitivamente la familia apenas supo del incendio, porque le echaba la culpa a mi mamá por haberlos dejado encerrados. Con el incendio quedamos en la ruina, me parece revivirlo, fue una tragedia.

A nosotros nos prohibían jugar. Mi papá traía material de desecho y teníamos que clasificar el papel blanco en un lado, los periódicos en otro, los tarros de leche aparte. El oficio no nos dejaba tiempo para jugar, pero cuando nos escapábamos, jugábamos a golosa, bolas, fútbol, saltar lazo; mis papás eran enemigos de que jugáramos en la calle. A pesar de eso nos íbamos, pero salidita que hacíamos nos ganábamos nuestra pela.

La celebración que más recuerdo, casi la única fue la Primera Comunión. Me hicieron una fiesta sencilla: me acuerdo que me compraron un vestido de segunda y aunque no teníamos comodidades hubo buena comida: chicha, tamales y cerveza. Yo hice la primera comunión porque se empeñó una madrina, vecina de buen corazón que me había mandado presentar a la Virgen de Bojacá una vez cuando era pequeñita y me enfermé; esta señora siempre estuvo pendiente de mí. Lo que más me gustó de la Primera Comunión fueron los regalitos.

De los cumpleaños casi nunca se acordaban. A veces cuando había un cumpleaños de los hermanos menores, si podían le daban un huevito al desayuno y esa era una forma especial de celebración. Solo a mi hermana menor le celebraron los quince años con una fiesta.

Como a los ocho años, mi papá me metió a

trabajar interna en una casa de familia y después estuve en varias casas; las patronas me pegaban, me daban mal trato. Antes había trabajado con mi papá recogiendo chatarra por temporadas. Recuerdo de una señora que era muy sádica conmigo, me hacía meter las manos en los sifones, me dejaba en ayunas cuando hacía mal algún oficio.

Tenía uno que ganarse la vida de esa manera, trabajando. Cuando no trabajaba en casas de familia, cuidaba a mis hermanos y hacía el oficio de mi casa; a veces, a eso de las dos o tres de la mañana ya me tenían levantada: que aliste papas, gallinas, que cargue el agua, que lave las ollas.

Yo creía que por ser trabajadora tenía que dejarme regañar y humillar. Por eso durante los primeros años nunca me defendía de los malos tratos, ni de los gritos, hasta que una vez cogí un palo de escoba, me le boté a una señora y le dije: “Usted no es mi mamá y usted no tiene por qué pegarme”. No me quiso pagar el sueldo y me sacó las cosas a la calle. Desde esa vez, fui aprendiendo a defenderme, no me dejaba maltratar de nadie. Empecé a cambiar, a rodar con más suerte porque notaron que no me dejaba y conmigo ya eran diferentes las cosas.

Algunas veces mi mamá me dejaba en su puesto de ventas para que hiciera las empanadas y las

vendiera. Lo que yo ganaba en las casas de familia a veces se lo pagaban directamente a mi mamá. Cuando me pagaban, yo le daba unos pesitos para ayudarle a comprar ladrillo o cemento y levantar la primera pieza en el rancho y también dejaba pa' comprarme mis zapatos y vestirme.

En algunas épocas fui a la Escuela. Yo no podía estudiar bien, por el trabajo y porque como había muchos problemas y necesidades en la casa, tenía que faltar mucho. Además la escuela quedaba muy lejos, como a unas veinte cuadras y hasta allá me tocaba caminar. Aunque mis relaciones con las maestras eran buenas, cuando no llevábamos las tareas recibíamos pellizcos y reglazos. Claro que con la maestra uno sentía que la persona adulta es superior y como los padres no le dieron suficiente amor, entonces busca apoyo, amor y moral para seguir adelante. Con tantos problemas que había, yo no le cogí cariño al estudio, por eso sólo hice hasta tercero. Ahí en el barrio apenas algunas niñas terminaban la primaria y muy pocas hacían el bachillerato; solo las que los papás tenían un empleo más fijo y podían comprarles los libros y los uniformes, pero la mayoría tenía que dejar la escuela como yo.

Mi mamá nunca me llegó a decir nada del desarrollo porque le daba pena. Ella ha sido muy

enchapada a la antigua, yo creo que ni ella misma llegó a saber qué era eso de la menstruación. Yo me desarrollé cerca de los doce años: estaba jugando con unos niños y de pronto resulté toda incómoda, toda empapada. Me puse a llorar y empecé a decir que me había cortado, me asusté mucho, me fui a bañar a ver si se estancaba y nada: pensé que se me había totiado algo por dentro y me estripaba duro el estómago. Como yo seguía llorando y diciendo me corté, se me acercó una viejita toda añosita lo más hermosa me cogió la mano y me dijo qué tenía que hacer, que tenía que ser muy culta, muy aseada, que lavara cuando la gente no se diera cuenta y que no tenía que dejarme ver de nadie.

En esa época me habían internado en una casa de familia; yo no sé por qué se me suspendió: me desarrollé como por decir este mes pero no me volvió. Entonces me llevaron a donde el médico y comenzaron a hacerme unas preguntas horrendas: si me habían tocado, qué me habían hecho, si me había acostado con algún señor, si me habían bajado los cucos y no se que más cosas. Luego me llevaron a un yerbatero y allá regañaron a la dicha señora porque yo era muy niña y cómo me iban a decir esas cosas. Me explicó que tal vez era por mi debilidad o porque no me alimentaba bien; le explicaron la demora y que eso me volvería. Me acuerdo que me dieron una

droga, me la tomé y me hinché, me cogió un dolor de estómago, mejor dicho por un trocito me intoxican. Ya después como a los trece años volví a menstruar. A mí la palabra regla me da mal genio. A uno le decían: Tiene que tener mucho cuidado porque ya tiene mucho peligro, sin decirle por qué. Con mañita le metían a uno mucho susto.

Sobre relaciones sexuales me enteré primero en una ocasión en la que vi a una pareja; yo estaba muy pequeña, tenía por ahí 7 años y no sabía si realmente era así; esa vez que vi esa pareja le dije a mi mamá: “Cómo le parece esto?”, y en vez de explicarme, me dio una tunda, casi me mata. Debido a eso yo cambié mucho con mi mamá.

Antes de eso, cuando tenía casi seis añitos, mi mamá me mandó a llevar un pedido con un señor que trabajaba en una casa donde nosotros hacíamos las arepas; empezó a tocarme, a manosearme y me advertía que no le fuera a decir a mi mamá; él era de esos señores que hablan con palabra gruesa y como todo hosco, a mí me daba miedo y desde ahí le cogí miedo a los hombres.

Otra vez estábamos chararreando, yo ya tenía como diez años y entramos a un lote; mi papá iba con nosotras y me dijo: “entre ahí mija y mire si hay algo”; yo entré y vi a un hombre que se estaba haciendo algo, se paró en frente mío, se bajó la

cremallera, se me acercó y me apretó contra él; yo sentí como una cosa horrible, terrible; salí del lote y mi papá me dijo: “qué le pasó hija”, pero no le dije nada.

También me acuerdo que por allá donde vivíamos había una señora que vivía en una casa de tablas, ella tenía un señor, y venía otro distinto; era bonita y muy formal; un día se entró con el señor, y nosotros estábamos jugando, machacando tarros; vi que una niña miraba por un huequito y vine a mirar también. Fue cuando me di cuenta que ellos estaban haciendo el amor, pero eso me pareció como grosería.

Yo creo que mi infancia se terminó cuando tuve por primera vez relaciones sexuales, aunque todavía era una niña; eso fue antes de cumplir los catorce años.

DESENTREÑANDO LOS RELATOS DE INFANCIA

“Nosotros no nos encontramos nunca con los niños, nos encontramos siempre con ideas sobre los niños, a través de los cuales los vemos, incluso cuando creemos verlos en vivo.”

Estanislao Zuleta.

Son muchas las vertientes en las cuales podemos detenernos a partir de estos relatos; las palabras se entrelazan dibujando las condiciones en las cuales las mujeres de los sectores populares vivieron su niñez. Estas historias de vida demuestran el predominio de una función socializadora con énfasis en el sufrimiento, al identificar un ejercicio impositivo de la autoridad de los padres sobre sus hijas, una obligatoriedad de trabajar desde muy pequeñas, constantes prohibiciones del juego y diversas maneras de represión de la sexualidad infantil. El rol socializador es condicionado por las ideas que sus padres tenían sobre la niñez.

Se entiende por infancia una forma específica como la sociedad designa la primera etapa de la vida de los seres humanos, que contiene significados y prácticas diversas, en razón de las condiciones particulares de cada cultura.

“Lo que se define como niñez en una sociedad, puede muy bien definirse como edad adulta en otra y las implicaciones sociales de la niñez pueden variar mucho de una sociedad a otra.” (BERGER Y LUCKMAN:1968, 173)

En esta época de la vida se desarrollan los procesos de socialización, mediante los cuales cada ser construye su identidad sexual y cultural, aprende el lenguaje y las normas sociales y establece los vínculos emocionales esenciales para la formación de la subjetividad. Como se ilustró en el capítulo I, las tareas socializadoras dependen del contexto socio cultural donde se desenvuelve la familia, principal intermediaria entre la niñez y la sociedad.

“Las actitudes de los padres ante los hijos no pueden abordarse desde un supuesto e históricamente problemático amor de los progenitores, sino que dependen de dinámicas económicas y demográficas, de condicionamientos atávicos y de esquemas culturales.” (ULIVIERE; 1986,50.).

Los procesos socialización son mediados por la imagen de los adultos acerca de la infancia, quienes proyectan sus fantasías, sus apreciaciones valorativas y sus propias experiencias socializadoras. Los contenidos y formas de las prácticas socializadoras en el curso de la historia, han oscilado entre dos concepciones opuestas sobre la naturaleza de la niñez, cada una de las cuales trae consigo prácticas educativas consecuentes.

Una visión acerca del niño como un ser con inclinaciones perversas, que centra la práctica educativa en el castigo, en la corrección de comportamientos desviados de las normas preestablecidas, se sustenta en el interés de imponer sobre él la autoridad y se propone moldear a través del cumplimiento rígido de un conjunto de normas su paso al mundo del adulto. Ser niño o ser niña es considerado así como una fase del ciclo vital que no tiene valor por sí misma y solo tiene sentido e importancia en cuanto esté ligada a la normatividad del mundo de los adultos.

“El niño es malo por naturaleza. Es preciso aislarlo de su naturaleza y someterlo a un adiestramiento moral y físico (alternando abluciones de agua fría y caliente desde los tres meses, alternando terror y seducción)... El niño debe aprender precozmente el arte de la renuncia. Sus gritos son simplemente la primera expresión de un estado de ánimo, un capricho, y la primera manifestación de la terquedad.”

(Citado por MANONI: 1979, 27)

Una socialización rígida, autoritaria, centrada en una figura paterna aplastante generadora de miedo, en la cual la obediencia constituye la finalidad, fue descrita de manera magistral por Franz Kafka en su "Carta al Padre":

“Si yo te hubiese obedecido menos, seguramente estarías mucho más satisfecho de mí. Tu sistema pedagógico ha tenido éxito; no he escapado a nada... Tú decías: ¡No contestes! queriendo callar en mí las fuerzas que te eran desagradables, pero el efecto fue demasiado fuerte, fuí demasiado obediente y me convertí, de hecho, en mudo.”

(KAFKA, 1919, citado por MANONI: 1979, 33)

La visión opuesta a la anterior, considera que el niño nace con una tendencia innata hacia la bondad, por lo cual la naturaleza es la principal guía para su desarrollo. De allí se derivan prácticas educativas y socializadoras orientadas a crear condiciones para dejar actuar esa naturaleza.

“En su forma moderna fue Rousseau quien planteó el problema: el educador debe eclipsarse, el niño ser educado al margen de la familia, de la sociedad, de los libros, de la religión; la naturaleza servirá de guía... “Yo no pretendo enseñar Geometría a Emilio, será él quien me la enseñe; yo buscaré las relaciones y él las encontrará, porque yo buscaré la forma de hacérselas encontrar”

(MANONI: ob cit, 43)

Derivadas de esta concepción aparecen prácticas educativas inspiradas en el principio del “dejar hacer - dejar pasar”, en el estímulo a la espontaneidad infantil y en el rechazo o desconocimiento de la normatividad, de la cual se considera excluidos a los niños.

En las historias de vida estudiadas prevalece la primera tendencia. Desde los primeros años los padres preparaban a las niñas para enfrentar situaciones que amenazaban su subsistencia, educándolas en la realización de trabajos rudos y agrestes, como condición para vivir en medio de la escasez.

Las concepciones y prácticas con las cuales se realizaron los procesos de socialización formaron a las niñas para aceptar el sufrimiento. Aprendieron a vivir en medio del autoritarismo, les enseñaron a desempeñar oficios domésticos que producen actitudes sumisas necesarias para cumplir tareas subordinadas; el maltrato y el castigo prevalecieron sobre el estímulo o la recompensa; se les restringió el juego y se inhibió su expresión corporal y sexual.

La mayoría de sus familias tenían una estructura nuclear, conformada por la pareja y los hijos. Tanto las uniones maritales formalizadas a través del matrimonio como de la unión libre vivieron intensos conflictos, que en el 60% de los casos derivaron en la desintegración. Fueron familias sometidas a duros avatares generados por las separaciones de la pareja, por la muerte de alguno de sus miembros, la quiebra de la frágil economía campesina, o varias modalidades de violencia. Con frecuencia, los abuelos u otros parientes apoyaron a las niñas para enfrentar la subsistencia. Así mismo, las uniones sucesivas de padres y madres también generaron conflictos con los hijos.

Fueron familias con una cultura ligada al mundo rural: la mayoría campesina, la minoría habitantes de la ciudad recién llegados del campo, por lo general procedentes de la región Cundiboyacense, el Tolima Grande y Santander. La tasa de fecundidad era alta: un promedio de 7 hijos por mujer y la mortalidad infantil también fue elevada; los procesos de transición demográfica aún no habían hecho presencia en estos grupos familiares.

La ocupación de los progenitores denotaba una marcada división sexual del trabajo: las madres realizaban labores domésticas dentro y fuera del hogar e introducían a sus hijas en este mismo oficio; en el campo, en labores de siembra o recolección, en preparación de alimentos para los trabajadores o mediante actividades artesanales. En la ciudad, trabajaban en oficios domésticos remunerados, en ventas callejeras, en comercios caseros, en la elaboración de alimentos o productos artesanales. Mientras los padres residentes en el campo se desempeñaban en labores agrícolas, los de la ciudad se ocupaban en la construcción o en otras actividades del sector informal de la economía, tales como reciclaje de basuras y ventas ambulantes. Se hizo

evidente la participación activa y constante de las madres en el trabajo y su papel en la economía familiar al demostrarse que éstas en todos los casos aportaron económicamente a sus familias.

Pese a la función tan importante de la madre en la economía familiar, la autoridad en el hogar estaba centrada en la figura paterna, la cual se fortalecía y reproducía a través del castigo físico, la toma de decisiones en cabeza del padre cuando estaba presente o la evocación de la autoridad masculina cuando estaba ausente.

El maltrato físico intenso y constante se presentó en la mayoría de los casos como el principal medio para garantizar la obediencia y sumisión de hijos e hijas. Los relatos describen modalidades diversas tales como el castigo del ahumado -que consiste en colgar al niño de una viga y prender fuego por debajo-, golpes con palos de espinas, con pencas de fique, con varillas, con el revés de una peinilla, depositar los niños en una pila de agua y simular el ahogo, quemarles las manos en la estufa, hacerles tomar el agua en que se ha lavado la ropa. La violencia era reproducida por todos los miembros de la familia: el esposo hacia su compañera, los padres hacia la progenie, el hermano mayor hacia el menor, el fuerte hacia el débil.

Se genera así un cúmulo de agresiones hacia la niñez que incide de modo significativo en la formación de una personalidad que se refugia en la violencia como medio para establecer relaciones con los otros. Por lo general, en los varones el maltrato infantil produce y fomenta la agresividad en los diversos contextos donde se encuentran y los convierte en la vida adulta en maltratantes de su familia y de aquellos a quienes consideren sus inferiores. En las niñas, el maltrato incide en la formación de un sentimiento de inferioridad que las induce a aceptar como inevitables las afrentas de los varones, a interiorizar diversas formas de sumisión y cuando son adultas, a buscar relaciones de pareja maltratantes. Al mismo tiempo, con los hijos y con otras mujeres reproducen la agresión recibida.¹

Padres y madres reproducen una socialización en y para la violencia. Incluso para expresar el afecto utilizaron la agresión y el castigo físico. Calificaban como bondad paterna o materna acciones violentas que pretendían corregir comportamientos considerados negativos para las niñas, tales como jugar en vez de trabajar, salir a la calle o relacionarse con varones. Así mismo, los adultos asumían conductas violentas porque sentían la necesidad de agredir o porque estaban bajo los efectos de la embriaguez.

Aunque son casi inexistentes las investigaciones históricas sobre el maltrato infantil en Colombia, puede afirmarse que el castigo como medio educativo es una práctica ancestral, legitimada socialmente a través de las instituciones familiar, escolar, religiosa y militar. La tradición del maltrato se aprecia de

¹ Véanse al respecto los trabajos realizados por Michel Kaufman (1989) y Robin Norwood (1988)

modo sorprendente en recomendaciones consagradas en un Manual de Instrucción Pública de 1916:

“Nos dice el Espíritu Santo: un hijo abandonado a sí mismo se hace insolente... Dóblale la cerviz en la mocedad y dále con una vara en las costillas mientras es niño, no sea que se endurezca y te niege la obediencia, lo que causará dolor en tu alma... El que ame a su hijo le hace sentir a menudo el azote o el castigo para hallar en él al fin su consuelo. Tienes hijos? Adoctrínalos y dómalos desde su niñez.” (MUÑOZ y PACHON: 1991)

Si bien el maltrato fue común para ambos géneros, entre las niñas fueron frecuentes los relatos acerca de los castigos impuestos por las madres, quienes mientras las involucraban en labores domésticas, las reprimían e imponían severas sanciones por no cumplir con las tareas asignadas. Se conocieron además fuertes castigos cuando participaban en juegos considerados “masculinos”.

El crecimiento corporal, las diversas manifestaciones de la afectividad y la expresión de intereses sexuales, causaron también nuevas prohibiciones y reprimendas; las madres, padres, parientes o vecinos, les imponían fuertes castigos cuando consideraban que habían violado patrones normativos respecto a su presencia en el espacio público, su asistencia a fiestas o celebraciones, o sencillamente cuando establecían cualquier tipo de comunicación con los varones.

Estas historias corroboran una práctica común en nuestra sociedad denominada violencia intrafamiliar². En 1990, el 36% de mujeres del país manifestaron golpear a sus hijos. De ellas, la mayoría procedían de las regiones oriental y central, de donde son originarias casi la totalidad de las mujeres de este estudio. (PROFAMILIA:1990, 178).

Las mujeres de los sectores populares manifestaron haber recibido pocas caricias; sus progenitores se inhibían en la expresión del afecto para no perder así la autoridad. La comunicación giraba en torno a los aspectos concretos de la vida cotidiana, sin crear condiciones para la expresión de sentimientos e inquietudes, de opiniones o propuestas, abonando un terreno para la sumisión, el silencio y la conformidad. Estas concepciones y prácticas sobre la infancia, generaron inseguridad en ellas mismas, sentimientos de temor, abandono, baja autoestima, y a la vez restringieron el desarrollo de su expresión verbal.

Los relatos producto de esta investigación, coinciden con las características de otras culturas: en un estudio realizado en Italia a partir de entrevistas a mujeres nacidas entre 1890 y 1910 sobre relaciones familiares y formas de tratamiento verbal de esa época, se encontró que la ausencia total de

² Consúltense de modo especial los trabajos elaborados por María Himelda Ramirez (1987), La Casa de la Mujer (1987 - 1990) y la Asociación Colombiana por la defensa del menor maltratado.

expresiones de afecto en la relación entre padres e hijos denotaba una sociedad ruda y autoritaria, marcada por el miedo y la falta de ternura. (ULIVIERE:1986, 54)

El trabajo, evento dominante en la reconstrucción de las historias de vida, fue el acontecimiento principal de la infancia de este grupo de mujeres de sectores populares; se socializaron mientras cumplían con múltiples tareas domésticas, convirtiéndose su labor desde una edad temprana, en una actividad necesaria para la subsistencia de la familia. La obligación de trabajar les impidió destinar tiempo libre para el juego o para otras actividades de su interés y, en la mayoría de los casos, limitó su participación escolar convirtiéndolas en desertoras de la escuela. El énfasis en el oficio doméstico desde tan pequeñas incidió en la interiorización de esta función como si fuera natural, incuestionable, propia y privativa del sexo femenino. La reducción al espacio del hogar tuvo gran influencia en la formación de actitudes y sentimientos tales como la pasividad, el deseo permanente de servir, la timidez y la inseguridad.

Las demás labores asignadas a las niñas se relacionaron estrechamente con la actividad económica de los padres, siendo posible percibir diversas modalidades en el campo y en la ciudad: combinaban el oficio doméstico con tareas agrícolas y pecuarias, por lo general al lado de la madre, encargadas de cocinar para los trabajadores en época de cosecha o siembra. El oficio doméstico remunerado en casas de familia se convirtió en la principal o única alternativa ocupacional para generar nuevos ingresos y en la tarea puente entre el campo y la ciudad. Ubicadas en casas de familias citadinas, las niñas recibieron de manera agreste e impositiva la cultura urbana. Su oficio las obligó a introducirse en valores y costumbres ajenos a su tradición y al mismo tiempo limitó su movimiento en ese nuevo espacio, situándolas como observadoras de las prácticas culturales de sus patronos; al mismo tiempo captaban intensos contrastes entre sus carencias y las posibilidades de otras familias de la gran ciudad. También trabajaron cuando niñas como ayudantes familiares en diferentes actividades productivas, al ubicarse en restaurantes, ventas ambulantes o artesanías.

Los relatos pusieron de relieve las lesivas condiciones en que se desarrollan el oficio doméstico remunerado y otras labores que configuran el trabajo infantil: se destacaron los ínfimos niveles de remuneración, las largas e intensas jornadas de trabajo, los tratos violentos de parte de patronas y familiares, quienes asumían las funciones de agentes socializadores.

Ha sido también tradición recomendar a los educadores enseñar a los niños a “ganarse el pan con el sudor de la frente”. Este hecho se convierte para las familias de escasos recursos en un fenómeno incuestionable y natural al considerarlo como la manera más apropiada para formar al niño, evitarle

los riesgos del ocio y convertirlo en un “ciudadano de bien”. Siendo el trabajo infantil una tradición en el país, apenas a final de la década del setenta se comenzaron a denunciar los nefastos efectos que algunas modalidades generaban en el niño y se desarrollaron investigaciones que demuestran la sobrexplotación de la niña, sin que ella ni los padres aprecien dichos oficios como trabajos (AYALA:1982; SALAZAR:1990).

Si bien el juego era para este grupo de niñas de los sectores populares una actividad prohibida, se ingeniaban diversas actividades lúdicas. Las campesinas relataron diversiones en torno a los objetos de la naturaleza: disfrutaban del aire, de los animales, de las plantas y de la amplitud del espacio rural. Se acudía al juego con imaginación, elaborando ellas mismas los juguetes, con tusas, piedras o palos, pues no existía la costumbre de comprar artículos de entretenimiento. Se refieren también al aislamiento en que vivían debido a las distancias en el campo, lo cual generaba timidez para establecer relaciones con otras personas. Entre las mujeres de origen urbano el relato sobre el juego estaba restringido a espacios reducidos, se apreciaron temores por la inseguridad de la ciudad y hostilidad por su condición de ‘marginadas’. En los relatos sobre el juego se percibe una rígida división sexual: la niña reproducía las actividades domésticas y recibía sanciones si participaba en juegos varoniles. Cuando creció se acentuaron las prohibiciones, obligándola a actuar como adulta, ridiculizando sus expresiones lúdicas. El contacto directo con abuelos, padres y tíos, compartiendo cuentos, mitos y leyendas, fue un espacio lúdico que al mismo tiempo facilitaba la adquisición de su identidad cultural.

Una valoración negativa hacia el juego por parte de los padres es otra expresión evidente de la socialización con énfasis en el sufrimiento: jugar es pecaminoso, es perder el tiempo, puede convertirlas en vagas y perezosas. Las consecuencias de este tipo de educación se observan en las dificultades, ya adultas, para construir fantasías y desarrollar la creatividad, en el temor constante a decir lo que se piensa y en una mínima locuacidad cuando se encuentran en público. Se afecta así mismo la motricidad al limitarse el movimiento corporal. Estas concepciones tradicionales orientaron también el proceso educativo en otras latitudes, como lo demuestra una historiadora del juego en Alemania:

“Mientras a los niños burgueses se les educa con vistas a la multidiversidad, o la iniciativa, o la capacidad organizativa transmitida mediante el juego, en los sectores campesinos u obreros se trata de crear una disposición para vender la fuerza de trabajo... el hábito del trabajo parcelado, uniforme y físicamente destructor, educación transmitida mediante el vehículo del propio trabajo, en cuanto impedimento sistemático del juego.” (ELSCHENBROICH: 1979, 263)

Las niñas participaron poco en celebraciones y festividades de la comunidad; estas fueron más bien fiestas religiosas o regionales de los adultos: se conmemoraba la natividad y la muerte de Jesucristo, los aniversarios de los santos según el pueblo donde vivían. Los adultos participaban con cantos, fiestas, bailes, comidas y bebidas especiales, colaboraban en el arreglo de los altares, carrozas y procesiones. Si bien se recuerda una riqueza folclórica durante estos eventos, las niñas permanecían ante ellos como espectadoras.

La única fiesta dirigida a la niñez de manera específica fue la de la Primera Comunión. Se celebraba alrededor de los 7 años, porque la iglesia consideraba que en esa edad se alcanzaba el “uso de la razón”. Desde ese momento se concebía que las mujeres eran responsables de sus actos, comenzaba a cargar con el pecado y recibía una formación religiosa dirigida a hacerle sentir el temor ante los mandatos divinos. Acompañaba el ritual el vestido blanco, las oraciones, una comida en honor de la niña y pocos regalos, debido a las precarias condiciones de existencia de la familia. No se celebraban los cumpleaños de las niñas y durante las navidades muy pocas recibieron regalos; son estas más bien iniciativas del medio urbano.

En la formación de la sexualidad de la niña se manifestó de una manera aún más drástica la socialización para el sufrimiento. Múltiples actitudes de los padres se dirigieron a esconder el cuerpo infantil, a que sintieran como vergonzosos o impúdicos sus órganos genitales, a negar la existencia de la sexualidad en la infancia.

Como consecuencia de la falta de expresividad en los afectos, las niñas aprendieron a reprimir los suyos, a vivir con culpa o como si fuera pecado cualquier sensación placentera, a no manifestar sus deseos y a negar su sexualidad. La exploración de sus genitales y las preguntas relacionadas con la procreación se reprimieron en la misma actitud de las madres, quienes guardaban con reserva y silencio cualquier manifestación de su sexualidad, escondían bajo su ropa ancha la figura de los hijos que iban a nacer y apartaban por completo a los niños en el momento del parto. Las niñas aprendieron de su madre a vivir la sexualidad con temor, en medio del misterio, sin atreverse a preguntar por las manifestaciones de su cuerpo. Sus madres fueron vistas por ellas como mujeres cultas, porque callaron o escondieron toda referencia explícita a su sexualidad.

La menstruación como expresión orgánica del crecimiento de la niña fue un hecho desconocido por la mayoría hasta el momento en que se encontraron “manchadas”, en condiciones muy penosas o inoportunas. Sintieron miedo, temor, creyéndose reventadas por dentro o realmente enfermas; por eso se utiliza el calificativo “Me enfermé”. La madre con su actitud había enseñado a no comunicarse sobre su corporalidad y por lo general fueron otros adultos, como hermanas/os, amigas o patronas, quienes les enseñaron que era un

Las niñas participaron poco en celebraciones y festividades de la comunidad; estas fueron más bien fiestas religiosas o regionales de los adultos: se conmemoraba la natividad y la muerte de Jesucristo, los aniversarios de los santos según el pueblo donde vivían. Los adultos participaban con cantos, fiestas, bailes, comidas y bebidas especiales, colaboraban en el arreglo de los altares, carrozas y procesiones. Si bien se recuerda una riqueza folclórica durante estos eventos, las niñas permanecían ante ellos como espectadoras.

La única fiesta dirigida a la niñez de manera específica fue la de la Primera Comunión. Se celebraba alrededor de los 7 años, porque la iglesia consideraba que en esa edad se alcanzaba el “uso de la razón”. Desde ese momento se concebía que las mujeres eran responsables de sus actos, comenzaba a cargar con el pecado y recibía una formación religiosa dirigida a hacerle sentir el temor ante los mandatos divinos. Acompañaba el ritual el vestido blanco, las oraciones, una comida en honor de la niña y pocos regalos, debido a las precarias condiciones de existencia de la familia. No se celebraban los cumpleaños de las niñas y durante las navidades muy pocas recibieron regalos; son estas más bien iniciativas del medio urbano.

En la formación de la sexualidad de la niña se manifestó de una manera aún más drástica la socialización para el sufrimiento. Múltiples actitudes de los padres se dirigieron a esconder el cuerpo infantil, a que sintieran como vergonzosos o impúdicos sus órganos genitales, a negar la existencia de la sexualidad en la infancia.

Como consecuencia de la falta de expresividad en los afectos, las niñas aprendieron a reprimir los suyos, a vivir con culpa o como si fuera pecado cualquier sensación placentera, a no manifestar sus deseos y a negar su sexualidad. La exploración de sus genitales y las preguntas relacionadas con la procreación se reprimieron en la misma actitud de las madres, quienes guardaban con reserva y silencio cualquier manifestación de su sexualidad, escondían bajo su ropa ancha la figura de los hijos que iban a nacer y apartaban por completo a los niños en el momento del parto. Las niñas aprendieron de su madre a vivir la sexualidad con temor, en medio del misterio, sin atreverse a preguntar por las manifestaciones de su cuerpo. Sus madres fueron vistas por ellas como mujeres cultas, porque callaron o escondieron toda referencia explícita a su sexualidad.

La menstruación como expresión orgánica del crecimiento de la niña fue un hecho desconocido por la mayoría hasta el momento en que se encontraron “manchadas”, en condiciones muy penosas o inoportunas. Sintieron miedo, temor, creyéndose reventadas por dentro o realmente enfermas; por eso se utiliza el calificativo “Me enfermé”. La madre con su actitud había enseñado a no comunicarse sobre su corporalidad y por lo general fueron otros adultos, como hermanas/os, amigas o patronas, quienes les enseñaron que era un

fenómeno corriente, pero que la sangre es de todos modos: “impura, vergonzosa o denigrante”, por lo cual la niña debe llevar esas manchas en silencio, ocultándose y sin dejarse ver de nadie.

En el Segundo Sexo, Simone de Beauvoir (1981) refiere cómo las sociedades primitivas mantienen una actitud dual ante la menstruación, otorgándole poderes mágicos contra los males de la naturaleza, temiéndole y al mismo tiempo adorándola. Con la cultura patriarcal de nuestra sociedad, se le atribuye a la menstruación todo tipo de males:

“La mujer que menstrúa arruina las cosechas, devasta los jardines, mata los gérmenes, hace caer las frutas, mata las abejas, si toca el vino lo vuelve vinagre; agría la leche...” (PLINIO: Historia Natural; en BEAUVOIR 1981,191)

Los sectores populares del interior del país rechazan la menstruación de una forma similar, le otorgan poderes destructivos y no la nombran porque simboliza un pecado:

“paraliza las serpientes, produce pujo y hasta la muerte en el recién nacido, pudre la carne y hace caer el pelo, evita que se curen las heridas.” (Taller sobre sexualidad, Ciudad Bolívar, Bogotá, 1988)

Como la sangre produce vergüenza, se rechaza la posibilidad de contacto sexual bajo pretextos como este:

“Cuando un hombre hace el amor con una mujer menstruando, se le agranda el pene. A un hombre le penetraron tres gotas de sangre y le creció como la cabeza de un ternero.” (Idem.)

Cuando la niña se vuelve mujer, los adultos la previenen contra los hombres: nadie le explica la dinámica del acto sexual, pero de inmediato aparece un posible agresor contra ella que tiene la cualidad de generarle un embarazo. El temor a la penetración prevalece como un fantasma acompañando una figura masculina deseada y temida al mismo tiempo.

La rigidez y el control de la sexualidad femenina contrastan con las múltiples experiencias que describen cuando fueron sometidas desde muy temprana edad a la manipulación de sus órganos sexuales y algunas veces al abuso sexual por parte de sus familiares o de inquilinos. Desde su niñez aprendieron a vivir estas experiencias con temor, sin la mediación de su voluntad, con sentimientos de culpa y autorechazo. El miedo al maltrato y las restricciones en la comunicación les impidieron compartir estas experiencias con sus madres. Estas situaciones van a estar presentes en su comportamiento como adultas, en particular, en la dificultad para el disfrute sexual, como se verá en el capítulo siguiente.

La escuela, institución socializadora por excelencia, constituyó para este grupo de mujeres una fuente de contradicciones, porque en ella se gestaron

simultáneamente esperanzas y frustraciones. En la mayoría de los casos estudiados fue posible iniciar la escolaridad, pero ésta se interrumpió abruptamente debido a las responsabilidades domésticas que precozmente debían asumir. La carencia de recursos económicos de la familia o la violencia fueron también causas para la deserción. El aislamiento de la escuela rural también incidió en la baja escolaridad; solamente dos de las entrevistadas, de origen urbano, alcanzaron a finalizar el bachillerato, para lo cual debieron realizar un esfuerzo extraordinario. La escasa importancia que los padres concedían a la educación, se agrava para el caso de las niñas por los temores que sus padres sentían ante los riesgos de alejarse del hogar; los padres consideraban que en la escuela se introducían “costumbres dañinas”, o que “aprendían a escribirle a los mozos”, o, sencillamente, que el estudio era innecesario porque la meta de las mujeres debía ser el matrimonio.

El ambiente escolar presentaba otras contradicciones para la niña: con frecuencia en él se reproducían los castigos físicos o psicológicos y el maltrato, lo que traía como consecuencia temor ante el autoritarismo de maestras y maestros. Al mismo tiempo éstos se convertían en sus personajes favoritos, guías y protectores, constituyéndose en proveedores de afecto. Las niñas introyectaron desde pequeñas una alta valoración por la escuela, al considerarla un medio de ascenso social. La deserción escolar fue vivida en la mayoría de los casos como un fracaso y como una de las causas de su pobreza actual.

En general, el estilo de una socialización para el sufrimiento y la sobrecarga de responsabilidades gesta una historia de adultas-infantes. Adultas por los roles sociales asumidos, niñas por el desarrollo de su corporalidad y sus condiciones emocionales. La cultura no había creado para ellas un mundo propiamente infantil. Los proyectos para la niñez se derivaron de las necesidades y expectativas de los adultos.

En la infancia se forma a la niña, las experiencias infantiles continuarán presentes en la etapa adulta cada vez que cumple nuevas funciones de socialización, reproduciendo de manera inconsciente el modelo paterno o materno que se transmite de generación en generación. Esta reproducción dista de ser continua y unilineal porque los cambios económicos, socio-políticos y culturales, van incidiendo en la formación de nuevos valores, que son también transmitidos y re-creados durante los procesos de socialización de las nuevas generaciones.